

Un paseo por Budapest



Iremos desde la estación Keleti en Pest hasta el puente de las cadenas y luego desde el puente hasta la estación alta del funicular en Buda.

Partimos desde Correos, entre la estación y el Puskas Arena; cogemos la calle Verseny hasta girar a la derecha en Muranyi, para de nuevo girar, ahora a la izquierda en Garay.

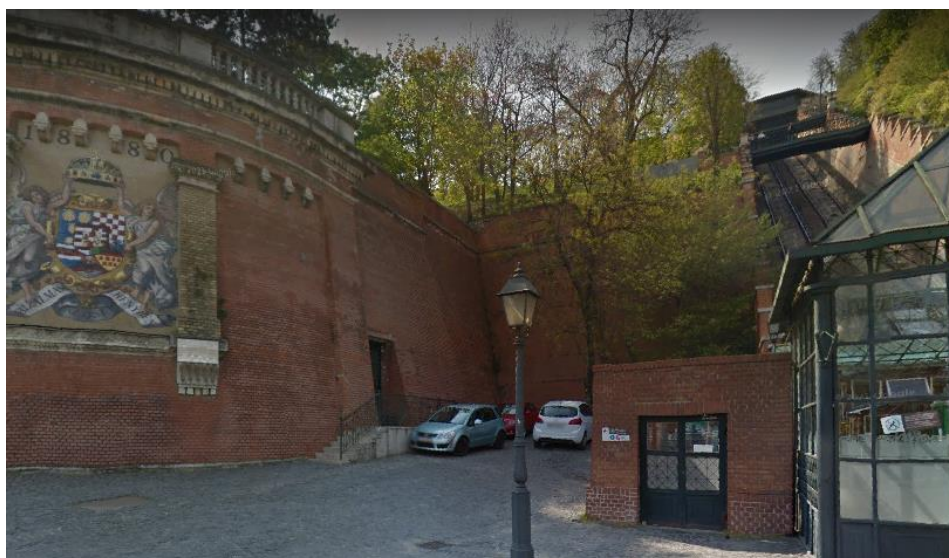


Al terminar Garay buscamos la iglesia de Santa Isabel, donde cogeremos la calle Izabella.



Otra vez giramos a la izquierda en Kiraly (calle del rey), es decir al suroeste, por la que llegaremos a la plaza Erzsebet; un par de cientos de metros y estamos en el Danubio y el puente.

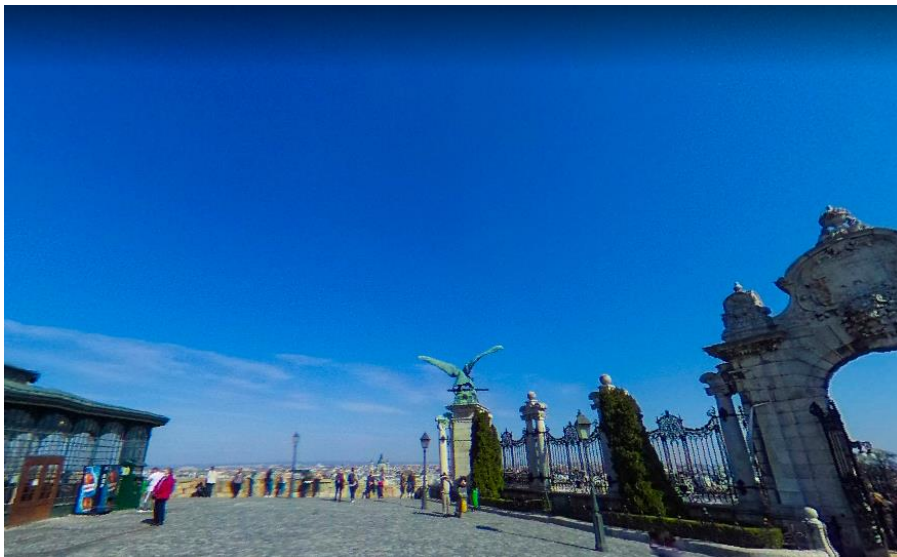
Ya en Buda partimos de la base del funicular.



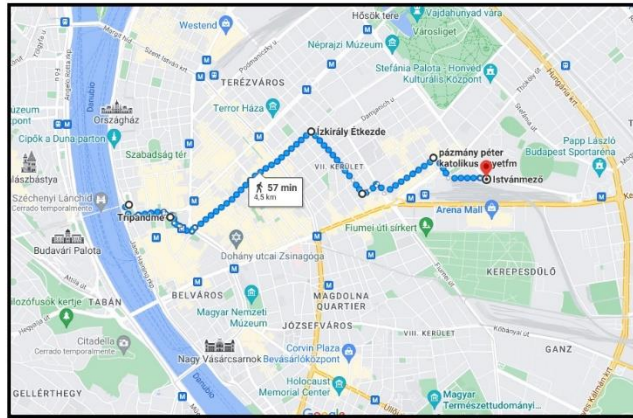
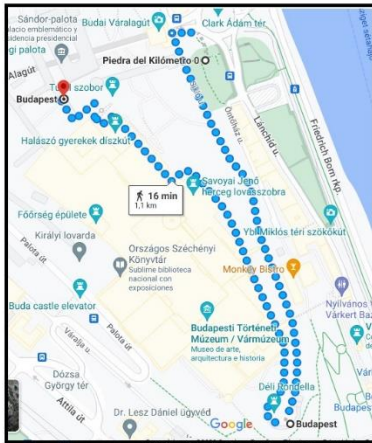
Subiremos unos 500 metros hasta llegar a una revuelta que supone un giro de 180 grados.



Pronto tendremos una excelente vista sobre el río. Y tras otros 500 metros llegamos a la estación alta. El desnivel que hemos subido, el mismo que hace el funi, es de 50 metros, es decir un 5% de promedio nuestro; el del ferrocarril operado por cable, que lo hace en 84 metros, es del 60%.



Plano del recorrido



Teodoro Herzl nace en Pest, en 1860.

Germanoparlante, pertenecía a una familia de la burguesía judía; estudió en una escuela evangélica. Sin duda, él crece en el seno de la ideología asimilacionista partidaria de la integración en la sociedad germánica; de hecho, como es natural en un muchacho joven, se interesa por el nacionalismo y la unificación alemana.

Estudió derecho en la universidad de Viena y ejerció de periodista como corresponsal en París. Pudo vivir en “directo” el caso Dreyfuss y aquí su inteligencia le guía a un enfoque nuevo de su visión del mundo en general y del problema judío en particular.



En un giro que podríamos calificar de 90 grados, o quizás de 180 grados, pasa a proponer un Estado moderno de Israel para todos los judíos del mundo.

Traspasa sus ideas propias de la asimilación en Europa a la táctica a emplear en la tierra en la que se instalen, lo que quiere decir que se buscará el beneficio inmediato para el país de acogida; pero estratégicamente busca la creación de un estado independiente; sus principios pues se sitúan en un nacionalismo radical.

Visitó Estambul con la intención de que el Sultán favoreciera la radicación de su proyecto en Palestina, aunque no era este el único lugar que tenía in mente para localizar su proyecto.



Pero a principios del siglo XX encuentra en Londres el país y el gobierno que se interesa positivamente en su sionismo, llamemosle ya así. Joseph Chamberlain le orienta hacia la península del Sinaí como posible lugar de establecimiento y le ayuda a contactar con las autoridades egipcias.

Aunque su muerte temprana no le permitió ver el progreso de su proyecto, su planteamiento táctico y estratégico terminaría por culminar tras la segunda gran guerra.

Otra cosa es el juicio sobre la otra parte de su ideología: creía firmemente que el estado de Israel debía ser una fuente de prosperidad para los estados que fueran finalmente sus vecinos; y creía firmemente en el respeto no sólo de la religión y la cultura de los “diferentes”, es decir de los “árabes”, sino incluso en el respeto de sus derechos económicos, singularmente de “la propiedad de las tierras”.

Estas ideas eran mayoritarias en los ciudadanos judíos de Israel, incluso tras la guerra de 1948-49, pero 70 años después, a lo sumo son un deseo utópico. Y el término utópico no tiene el sentido que tenía el proyecto de Teodoro Herzl de finales del siglo XIX, es decir “un proyecto ideal que parecía de muy difícil realización” sino más bien el de una “sociedad futura imaginaria favorecedora del bien humano”.